



TRES ENFOQUES DISTINTOS DE LA REALIDAD POLITICA

Luis Pasamar

Andrés Caravantes.
Balance y futuro del socialismo.
Ed. Planeta.
Barcelona, 1984.

Antxón Sarasqueta.
De Franco a Felipe.
Plaza y Janés.
Barcelona, 1984.

José Oneto.
El secuestro del cambio.
Plaza y Janés.
Barcelona, 1984.

El libro político gozó de gran audiencia en España hasta el advenimiento de la democracia. Era tal la sed de información que el mercado

quedó saturado en un abrir y cerrar de ojos. Se rescataron textos empolvados y más que olvidados, algunos, sea dicho de paso, con razón. Surgieron editoriales y ediciones como hongos en otoño. Libros que salieron a la luz más por nostalgia del pasado que por necesidades del presente. Cuanto texto iba acompañado por el sello de la censura franquista era aval suficiente para editarse de nuevo.

Con la llegada de la democracia el libro político perdió interés, y los editores que huelen a tres leguas hacia dónde soplan los vientos del mercado optaron de inmediato por el texto de evasión: libro de aventuras o novela policial. Género éste que ha dado obras de innegable talento, aunque algunas de ellas arrastran todavía un trasfondo político o social demasiado evidente.

Con la llegada del PSOE al poder el libro político ha vuel-

to a interesar de nuevo al público lector. Y las más prestigiosas casas editoriales han lanzado nuevas colecciones de textos políticos. Es de temer que la necesidad que las editoriales tienen de dar de comer a las rotativas provoque de nuevo una saturación del mercado. Junto a textos de innegable rigor se publican títulos de mediocre contenido.

El libro periodístico

Aplicar el estilo o la técnica periodística a la redacción de un libro puede dar resultados óptimos. Pero rellenar páginas con retazos de prensa o semanarios sin un mínimo de rigor o perspectiva puede igualmente producir efectos calamitosos. Lo propio ocurre cuando se pretende hacer entrar en un libro, que ni con calzador se consigue, las conversaciones que previamente se han registrado en una grabadora. El autor que no sepa separar el grano de la paja y

dar al público lo verdaderamente sustancial está condenado al fracaso, a la mediocridad. Ejemplo: *Conversaciones con Alfonso Guerra*, de Braso.

A menudo, demasiado a menudo, el libro político en nuestro país no es más que la prolongación del texto periodístico. Incluso los títulos, ¿serán acaso obra de las editoriales?, tienen mucho de portada. Y como buen titular de portada de semanario o de periódico, el contenido no siempre corresponde a la oferta.

Tres son los textos que han llamado nuestra atención: *Balance y futuro del socialismo*, de Andrés Carabantes; *El secuestro del cambio. Felipe año II*, de José Oneto, ex director de «Cambio 16», y *De Franco a Felipe*, de Antxón Sarasqueta, cronista político del Grupo 16. Tres obras escritas por periodistas de pluma ágil y cuyos títulos tienen en común la ambigüedad.

Balance y futuro del socialismo, título ambicioso si los hay, peca en exceso de erudición innecesaria y se queda a mitad de camino entre el libro de historia y el ensayo. Si hacer un balance de más de cien años de socialismo es tarea ingente, hablar de futuro lo es mucho más. Y Carabantes, sin duda consciente del riesgo que significa presentarse como profeta, elimina los augurios con unas referencias a la tecnología, única capaz de salvarnos, según manifiesta.

Respira el texto de Carabantes una exaltación de los valores nacionalistas que son ajenos a la tradición democrática española y al socialismo en general. El nacionalismo tiene entre los españoles unas connotaciones con la extrema

derecha —y no sólo entre los españoles— que no cuadra ni con la mentalidad democrática ni con la tradición liberal españolas. Una cosa es que los gobernantes y las organizaciones políticas defiendan los intereses nacionales y los valores autóctonos y otra es caer en el nacionalismo, que no es más que una patología de lo que, por entendernos, llamamos amor a un determinado país; en este caso el nuestro. Y de lo que sí no hay duda es de que el nacionalismo es una manifestación de intransigencia que presupone la supremacía de unos intereses por encima y en detrimento de los intereses de los demás. Una de las cosas que hacían a este país simpático era precisamente la ausencia de chovinismo, culto a la bandera, y complejos de superioridad con respecto a los demás pueblos.

Llevado por ese amor a la patria, sincero, sin duda, aunque cegador, Carabantes atribuye al extranjero la responsabilidad de nuestros males y comete errores de bulto llevado por esa supuesta pasión de los ibéricos, pasión que no deja de ser uno de los lugares comunes más sobados y que más perjudican, y que, si me apuran, es más ficticia que real.

Sin negar la participación de los españoles en la resistencia francesa contra la ocupación nazi, resulta a todas luces exagerado sostener que los españoles protegieron en Dunkerque la «espantada del ejército francés hacia Inglaterra». El empleo del calificativo «espantada» resulta cuanto menos poco generoso aplicado a un ejército que se enfrentaba a las tropas hitlerianas. Como es falso sostener en la página siguiente que «el general De Gaulle... hizo en sus memo-

rias un gesto póstumo de chovinismo y pobreza espiritual al omitir estos hechos», o sea la participación de los españoles en la resistencia. En *Memorias de guerra, Le Salut 1944-1946*, edición francesa, librería Plon, De Gaulle se refiere en varias ocasiones a esa participación. Entre las citas destaco una: «Hice saber a los jefes españoles que el gobierno francés no olvidaría los servicios que tanto ellos como sus hombres habían hecho en nuestros maquis...».

Cómo se puede sostener sin ruborizarse que Europa... «nos convirtió en país proveedor de mano de obra barata, de productos agrícolas tempranos y a buen precio, y utiliza a España como piscina de lujo y lugar de recreo». O, ¿no fue acaso la incuria de 40 años de dictadura, un capitalismo rapaz y voraz, el que mantuvo a este país en estado de subdesarrollo? Echar las culpas de nuestros males al coco extranjero es el equivalente franquista: de los males de España eran responsables comunistas, masones y liberales. Creer que las virtudes todas se hallan de este lado de la frontera y los vicios fuera es postura digna de avestruz; es cerrar los ojos a la realidad, otro de nuestros pecados nacionales. Como diría un marxista ortodoxo: puro subjetivismo que ignora la realidad de los hechos.

Y hablando de hechos, no estará de más recordar aquella máxima de Ranke referente a la Historia: «Sólo mostrar lo que realmente aconteció». Pues refiriéndose a los contactos lejanos que Marx tuvo con España, Carabantes dice: «no explican (los contactos) la influencia de Marx en España, sino si acaso la influencia de España en Marx». ¿Por qué no dice Andrés Ca-

rabantes en qué consistió la influencia de España en Marx en lugar de darnos a entender lo mucho o poco que el pensador alemán debía a nuestro país? Tras enumerar las escasas ediciones de las obras de Marx que se han hecho en España, Carabantes va y nos dice que la «influencia del marxismo sigue teniendo fuerza en España porque nuestra sociedad mantiene aún muy arraigado el concepto idílico de la esperanza, el sentido positivo de la historia, la creencia en que existe el progreso humano. Como lo prueba el éxito electoral del partido más utópico». Como el gran vencedor en las elecciones ha sido el PSOE, cuyo secretario general defendió la tesis de que su partido dejara de definirse marxista, resulta ahora que no, y, si el marxismo estuviera tan enraizado en la sociedad española, cabe preguntarse cómo se produjo el fracaso del partido comunista que se define marxista y el de otros grupos marxistas-leninistas. Al margen del valor intrínseco del marxismo, que es cuestión aparte, la realidad es que la sociedad española en general y quienes votaron al PSOE en particular no lo hicieron movidos por el marxismo. Y volviendo a los presupuestos morales que el autor enumera y que vincula al marxismo, ¿cree realmente que el concepto idílico de la esperanza, etcétera, son categorías equiparables al marxismo? Personalmente me suenan a música celestial que nada tienen que ver con el marxismo; y sí mucho con el carácter mesiánico de cierto cristianismo primitivo, que luego recogió la tradición libertaria y el movimiento obrero. Se daba un puritanismo en el sindicalismo español que entroncaba con la austeridad tradicional en los pobres y que se afirmaba con pureza frente a los poderosos

corruptos y padres de todos los vicios a ojos de los parias.

De ahí precisamente el éxito del anarquismo y el escaso eco que tuvo el marxismo en nuestra sociedad rural. Aunque este país no ha dejado de ser agrario, y ojalá se preserven las riquezas de la tierra, se ha convertido en industrial y se halla en el umbral de la tercera revolución tecnológica con todos los cambios de mentalidad que ello conlleva. Y las ideas políticas, las ideologías, o la visión de futuro debe orientarse en función de las inevitables mutaciones que se avecinan. En este orden de cosas el socialismo democrático ha de saber dar respuesta adecuada preservando sus esencias: la noción de justicia social compatible con las libertades políticas. Este es el gran reto que tiene la sociedad española y todas las voluntades serán siempre pocas para conseguir esta anhelada meta.

El secuestro del cambio

Si el título de Andrés Carabantes resulta ambicioso, el de Oneto peca de ambiguo. El ex director de *Cambio 16* se presenta como narrador, como alguien que aspira a contar las cosas tal y como sucedieron. Deliberadamente rehuye los análisis sesudos ya que ésto no es lo suyo, se complace en decir. Pero no existe texto aséptico desde que se descubrió que no hay palabras inocentes. Abusivamente se le ha comparado a Galdós. Al Galdós de los *Episodios Nacionales*. Los reportajes de Oneto que integran el libro que nos ocupa se leen bien; podían perfectamente haberse publicado en el semanario que dirigía, y, de hecho, ¿no son acaso prolongación de otros escritos suyos que vieron antes la luz en la citada publica-

ción? Les ha dado un toque de novela policial que, sin duda, el libro de estilo de *Cambio 16* no permitía, y ese suspense facilita su lectura. Pero de ahí a compararle con Galdós creemos que media un abismo.

Uno se lanzó a la lectura de *El secuestro del cambio* en busca de la información, las claves o el análisis que nos permitiera entender en qué consiste el *secuestro*, y nuestra curiosidad se ha visto frustrada. La obra de Oneto la componen dos cuerpos principales: una serie de reportajes novelados —sobre temas nada secretos por cierto— y un anexo/calendario de los principales sucesos ocurridos desde octubre del 83 a septiembre del 84. Cualquier historiador o periodista podrá consultar provechosamente este resúmen anuario de la vida política española. Anexo que ocupa un tercio del libro, o sea, cien páginas.

Contar las cosas bien, Oneto las cuenta bien. Pero además analiza y opina. Y analiza y opina con espíritu crítico. No sólo se limita a decir cómo ocurrieron las cosas, sino que interpreta y emite juicios de valor críticos. Se percibe en sus críticas cierta frustración, como si la mujer amada le hubiera traicionado, defraudado. En la presentación de su libro José Oneto dijo algo muy importante: el cambio no es patrimonio del Estado, el cambio es de todos. Y así es. El Estado es naturalmente una parte muy importante de la sociedad, pero no es ni mucho menos toda la sociedad. Que el gobierno lleve a cabo su parte de reforma, que haga que este país funcione en la parte que le corresponde, pero que los ciudadanos todos, desde los universitarios a los periodistas, pasando por to-

dos los estamentos de la sociedad, hagan suyo el cambio y lo apliquen también en sus áreas o parcelas de poder respectivas. Porque el poder, como certeramente muestra Galbraith, es un mal necesario que se halla diseminado por todo el tejido social —y de modo muy especial en los sistemas democráticos—, y no reside únicamente en el Estado.

De Franco a Felipe

¿Y por qué no de la dictadura al PSOE? ¿O a la democracia? El hecho de unir dos nombres tan dispares, ¿no tendrá acaso el propósito de sugerir al lector que no eran tan distintos? «Entre el caudillaje y el presidencialismo» subtítulo Sarasqueta la obra que nos ocupa. Y ya sabemos las connotaciones peyorativas que entre los demócratas españoles tiene el concepto de presidencialista, algo que está a un paso del autoritarismo o de la dictadura.

Resulta que aquí se confunde estrepitosamente el poder soberano conquistado en las urnas con el poder impuesto por las armas. Nos pasamos cuarenta años maldiciendo las prácticas autoritarias de un dictador que se impuso al país tras una guerra de las más cruentas, le reprochamos que no tiene base popular, y le exigimos elecciones libres; y cuando ésto se consigue, resulta que el partido en el poder se comporta como una apisonadora porque hace en muchas ocasiones caso omiso a la oposición. Oposición que, por otra parte, no ha roto precisamente los vínculos con el régimen anterior.

Cuando por primera vez la izquierda —con todos los matices que se quiera— gobierna

este país sin temor a golpes de Estado, a exabruptos, respetando todas las libertades democráticas y sociales, va y se nos dice que el bipartidismo es un mal, que no hay que dejarle todo el poder a un partido, que se impone una formación bisagra por un lado —el partido liberal—, y la formación de otro partido también bisagra —el partido comunista— por otro. No entiende uno muy bien por qué, si la mayoría se ha dado la opción presente, opción que por lo demás está funcionando en otros países —pero nosotros nos empeñamos en ser diferentes—, no iba a funcionar aquí.

El liberalismo salvaje, que con tanta convicción y fuerza invoca Sarasqueta y cuya ideología se halla en el trasfondo de su crítica al PSOE, cuando está en el poder utiliza todos los resortes del Estado para imponer con fuerza sus puntos de vista. No lleva este autor sus razonamientos hasta sus últimas consecuencias por temor a escandalizar sin duda a una opinión sensible. Pero si fuera consecuente con su postura debería reivindicar, como expresión acabada del liberalismo que propugna, la política de la señora Thatcher o del señor Reagan. No oculta este periodista liberal su debilidad por el presidente de Estados Unidos, pero lo hace de forma hábil, discreta.

Los liberales españoles, los actuales me refiero, invocan a menudo el ejemplo de sistema democrático y liberal inglés. Sin duda no hay país en Europa que haya alcanzado el grado de libertades democráticas como el que disfrutaban los habitantes de las islas británicas. Pero lo que pocas veces se dice es que, tanto el gobierno inglés como los británicos en general, cuando tienen el po-

der lo ejercen de modo autoritario. Lo ejercen con la fuerza que les da su elección democrática. Aquí nos cuesta aceptar lo que dice o hace a quien consideramos adversario, aunque éste haya alcanzado una mayoría abrumadora de votos. Reflejo del viejo dilema que nos persigue —quien no está conmigo está contra mí— y que no es más que una de muchas formas de intolerancia que nos caracteriza. Decía con razón Madariaga que en España incluso el ateo es católico.

No se entiende muy bien este neoliberalismo amasado con viejos conceptos que en el pasado dieron pruebas de inoperancia y que hoy es una raza en vías de extinción incluso en la cuna del liberalismo: los países anglosajones. La intervención del Estado mediante el control de créditos de la banca o por las enormes inversiones a las industrias armamentistas, provoca cambios tanto en el mercado financiero o del trabajo como pueda hacerlo una intervención directa del Estado en algunas intervenciones en el campo de la industria o la agricultura.

No es el liberalismo la panacea universal que se nos propone; sobre todo en un país en donde el empresario ha estado y está atado de pies y manos por el capital financiero. La sociedad española no sólo la integran empresarios «dinámicos», únicos productores de riqueza según estos nuevos adalides del liberalismo. Empresarios que, por otra parte, a menudo han sido los niños mimados del proteccionismo estatal. Sino que la integran otros colectivos que con su esfuerzo y su trabajo también contribuyen a que este país funcione. Y éstos esperan hallar en la función regu-

ladora del Estado una compensación y un freno al desenfrenado apetito de beneficios inherentes al sistema de explotación capitalista hoy vigente en nuestra sociedad.

EL DESAFIO EUROPEO

Julián Salgado

André Gunder Frank.
El desafío europeo.
Editorial Pablo Iglesias.
Madrid, 1983.

Con la perspectiva inmediata de un nuevo mandato de Ronald Reagan al frente de los Estados Unidos, la lectura de *El desafío europeo* obliga a un abundante caudal de reflexiones acerca del futuro en las relaciones entre los aliados de la OTAN a ambas orillas del Atlántico. Publicadas hace año y medio en lengua inglesa, cuando la brecha abierta entre Estados Unidos y los países de la Europa Occidental integrados en la Alianza Atlántica acababa de pasar por uno de sus momentos de mayor dilatación (crisis de Polonia, boicot estadounidense al gasoducto europeo-siberiano) las páginas de André Gunder Frank recobran ahora todo su valor de alternativa de diversificación europea frente a los dictados de Washington. Y ello porque, con independencia de las cuestiones estratégicas y defensivas frente al Pacto de Varsovia, todo conspira hacia una renovación del conflicto EE.UU./Europa Occidental

en los términos de la confrontación económica y la guerra comercial.

Cuatro años de administración republicana han servido para acumular un déficit público de 170.000 millones de dólares y conseguir una balanza comercial, también deficitaria, que convertirá a la superpotencia americana en 1985 en un país deudor neto.

Del análisis de lo que han sido en los últimos 14 años las relaciones de los aliados europeos con Estados Unidos se deduce que el coste de las sucesivas recesiones, la recuperación norteamericana en las distintas fases de la crisis, ha recaído en mayor o menor medida sobre las espaldas de las economías nacionales de los países del viejo continente. ¿Es evitable que Europa pague las consecuencias de la *reaganomics*?

En 1971 el neomercantilismo nixoniano, con su ofensiva exportadora y la devaluación del dólar, asestó un golpe importante a los intereses europeos y japoneses que costeaban así la financiación inflacionaria de la guerra de Vietnam. La crisis del petróleo en 1973 afectó también de manera especial a los aliados europeos que, ni de lejos, tenían la posibilidad de mantener el precio de los crudos en su mercado interior como sucedió en Estados Unidos. Paralelamente, las sucesivas administraciones norteamericanas han intentado, con resultados diversos, desviar hacia Europa los grandes contingentes de productos que Japón necesita exportar a Occidente para equilibrar su históricamente precaria balanza comercial (la economía nipona importa el cien por cien del petróleo que consume). Además, el estancamiento de la

producción siderúrgica estadounidense mediados los años 70 ha provocado ya una guerra del acero con la Comunidad Económica Europea que ha visto cómo sus exportaciones hacia América se iban encontrando cada vez con mayores barreras proteccionistas.

Así hasta llegar al monetarismo de Ronald Reagan que, con su permanente absorción de préstamos en el mercado libre, ha provocado incesantes subidas de los tipos de interés y la correlativa ascensión del dólar, colocando a las economías europeas en la disyuntiva de devaluar sus monedas o elevar también el precio del dinero a costa de ahogar la inversión. En definitiva, algunos datos objetivos que son «manifestación recurrente de un conflicto de intereses políticos y económicos de carácter estructural cada vez más profundos entre el capital y los capitales norteamericanos y europeos» (Frank, pág. 61).

La propuesta que ofrece *El desafío europeo* pasa por un nuevo alineamiento de la Europa Occidental con los países del Este sobre la base de la desaceleración de crecimiento y productividad que también ha afectado a las economías socialistas. La URSS ya no puede garantizar a sus aliados precios sostenidos en las materias primas, al tiempo que el intercambio con los países occidentales ha descendido de manera considerable provocando una altísima deuda externa en el bloque soviético. Visto, además, que en el seno de la CEE la respuesta a la crisis mundial ha sido una agudización de las tendencias nacionalistas que pueden poner en peligro la propia existencia del ente supranacional (y algo saben de estas disensiones los funcionarios espa-